

tres altares que habría en el futuro Templo. Eso pedía tiempo y trabajo delicado. Las anchas cenefas debían ser bordadas con seda y oro: el paño era de damasco de seda blanco. El edificio sería modesto en su aspecto externo, pero el interior adornado suntuosamente. Creemos que a Dios, se le puede rendir culto, tanto en la llanura como en la cima del monte, porque en todas partes está presente su grandeza; pero creemos igualmente que al erigir un templo consagrado á la Divinidad, ese templo debiera exhibirse ornado con las riquezas más preciosas que la tierra contiene, lo cual todavía no sería digno del Gran Sér incognoscible. Hase querido que haya profusión de casas de Dios; de ahí que ninguna ostente la debida magnificencia: reuniéranse todas las riquezas en un solo edificio y ya sería otra cosa...

Ester se encargaba de bordar los velos para los tres nichos que habría en el Templo. La cosa saldría admirable porque esa distinguida señora era primorosa en trabajos manuales.

Toda la semana se trabajó con igual tesón. El sábado las costureras remataron las nueve docenas de pantalones. Los de la sierra tenían listas gran número de tablas, talvez suficientes para construir un salón. En cuanto al derribo de cedros creían los hacheros que ya podían dejar el bosque en paz, porque aquella multitud de árboles tendidos por el suelo, eran capaces para surtir de tablazón á todos los constructores de edificios de madera.

Las damas habían bordado un poco en sus manteles, pudiéndose ya juzgar del mérito de la obra: aquello quedaría espléndido.

El domingo, á las seis de la mañana, llegaron á Miraflores, Sorel, Carmona y los doce albañiles. Como se sabía ese regreso, todos los amigos mañanearon á recibirlos. Hasta Alberto estaba allí, según dijo, para esperar al abuelo. Solamente Angelina y César llegaron á las siete. No hay que extrañarlo, porque un cierto sujeto mitológico, empeñábase en detenerlos coartando la voluntad que ellos tenían de marchar temprano á la hacienda. Esos buenos señores, aunque se les fue la primera juventud, conservaban la segunda más potente que la primera. El avaro que halló un tesoro no le cuida con mayor solicitud que estos séres mutuamente se cuidaban. Un pequeño episodio bastará para dar idea de la magnitud de ese cariño. Al pasearse un día en la tarde por un sitio donde había gran número de árboles y arbustos en flor, él y ella se entretenían cogiendo algunos mirtos y claveles, cuando una ráfaga de aire un poco viva hizo que una

delgada rama tocara la cabeza de César. En el acto corrió Angelina hacia él, diciendo:

—¿Te golpeó el gajo, amado mío?

—¡Nó, si apenas lo sentí! no hizo más que tocarme.

—¡Sí, sí! yo observé que la rama te dió. ¡A ver!

Y la querida cabeza fué atraída sobre el turgente seno: examinada escrupulosamente, pasando con suavidad la mano y soplando, como se ejecuta con una criatura que recibe un golpe. Esos solícitos ciudadanos que externaban un gran amor, dejaban extasiado al compañero, que la abrazaba con frenética pasión. Y esas escenas no eran aisladas: se repetían con frecuencia. Aquellos dos se amarían por siempre. En vano vendrán arrugas y canas: podían cesar los ímpetus pasionales... ¡nunca el acendrado cariño que tomó asiento en el fondo de sus respectivas conciencias! ¡Dichosos ellos! ¡Que se amen, que se amen! Esa es la más grandiosa situación de la vida! Por más que el amor sea inherente á todo ser orgánico, en la mayoría,, es generalmente fugaz porque procede de la sensualidad. No así cuando viene en línea recta de recíprocas cualidades, capaces, por su alteza, de infiltrarlo hasta en la menor partícula del ser, adhiriéndose al individuo como parte integrante de su existencia. En este caso, bien puede ser que los amantes, al dejar su carnal vestidura, dada la inmortalidad, se lleven consigo los grandes afectos que en la tierra fueron indestructibles...

¿Y por qué no? Si existe algún sabio eminente que, con pruebas irrefutables, nos demuestre que el Espíritu inmortal es un Mito, al momento nos tendrá de su parte; entre tanto aparece ese fenomenal sujeto, seguiremos pensando que lo dicho más arriba, podrá ser factible; nó que lo es, sino que podrá serlo.

Después de corto descanso, don Alberto revistó todos los trabajos, quedando altamente complacido de sus rápidos adelantos. Dispuso que al día siguiente se condujera en carretas toda la tablazón. Tenía qué llevarse la mitad de los carpinteros, para dar principio á las construcciones. Ahora dejaría media docena de albañiles y se llevaría á los otros. Preguntó á las esposas de los que se iban si ellas tendrían valor para seguir á sus maridos al pueblo de los desnudos. Todas dijeron que sí. Uno de los albañiles dijo:

Por la desnudez no tengáis cuidado. En los días que estuve allá no vi ni una india: todas se esconden, espiando por las rendijas de los ranchos. Los hombres apenas se columbran á lo lejos. Lo que se ve bien son muchos chiquillos. Hay una infinidad que se revuelcan por el suelo, chillan, tre-

pan á los árboles... ¡qué se yo! Sólo les falta el rabo para ser monos.

—Bien—dijo Sorel—señoras mías, si estáis dispuestas sortearemos á ver cuáles serán las dos que nos acompañen. Quisiera llevar más, pero el rancho de Ester, que es donde van á pernoctar, no tiene capacidad para muchas personas.

—Pues echemos la suerte, señor.

Así se hizo, tocándole á Clara y Virginia ser las primeras en visitar el palenque. Las otras quedaron desconsoladas pero ¿qué hacer?

Como el Mister había terminado su obra, don Alberto quiso pagarle el trabajo, ítem más la prima ofrecida, consistente en unos mil duros. El yanki dijo:

—¡Ah, mi señor! Ya veo que Ud. quiere echarme de la hacienda. ¡Qué desconsuelo! Yo que me hallo tan contento, y hasta engordé aspirando el benéfico, salutífero ambiente de estos campos férces... Pero al fin, Ud. está en su derecho: la hacienda no es mía...

—¿Qué es lo que Ud. me dice, Mister Ruy? Yo creí que Ud. quería retirarse ya, por eso iba á satisfacerle sus honorarios. Pero si tiene gusto en quedarse aquí, por un mes, un año ó todo el tiempo que le plazca, puede hacerlo con toda franqueza, seguro de que en ello tendré gran placer. Esta finca no es propiamente mía, pero mi consocia Armida, que es la propietaria, me ha otorgado pleno poder sobre ella. Estoy seguro que esa joven tendrá el mayor gusto en que Ud. sea, por largo tiempo, su huésped. Conque, afuera aprehensiones y á instalarse definitivamente aquí.

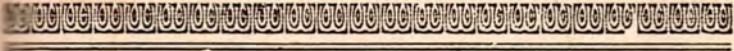
El Mister dió las más rendidas gracias, manifestando que le sería grato ocuparse en algo.

—Perfectamente, dijo Sorel. En la próxima semana puede irse conmigo al nuevo pueblo. Para entonces estará construído el primer salón y habrá seguro albergue para hospedar muchos individuos. Entre tanto... ¿No sabe Ud. cazar?

—Un poco: no he practicado mucho...

—Pues acompañe Ud. á mi nieto, que es consumado cazador, y le dará buenas lecciones.

Así de improviso, quedó el Mister incorporado á la familia de Miraflores. Es seguro que no la dejaría más.



CAPITULO XLVII

COMIENZA LA FUNDACION

El día domingo terminó alegremente. En la tarde, Alberto, informado por el abuelo, llevóse al Mister á su primera correría por los vecinos sotos, donde al caer el día pululaban multitud de volátiles. El yankee tenía buen ojo, y, sin lección alguna, derribó media docena de hermosas palomas: su tiro era certero: sería constante amenaza para los inocentes habitantes del bosque. Por su parte, Alberto no perdió tiempo matando seis perdices y tres ó cuatro loros. Al regresar á casa, los trofeos entregáronse en la cocina, donde pronto fueron convertidos en buenas viandas, sirviendo de sabroso aditamento á la próxima cena.

Al amanecer, toda la gente estaba en pie: unos porque se iban, otros para despedirlos, Albertito no faltó: tenía dos motivos para ser puntual: Uno, decir adiós al abuelo; otro, ver temprano los negros lazos... es muy posible que allá, en su fuero interno, éste fuera el más apremiante. Al fin, fuese por lo que fuese, él estaba presente.

Las carretas cargáronse con las tablas; otra llenóse de vituallas por ser mucha la gente, y otra, que llevóse en la anterior semana, medio exhausta, pedía refuerzo. Esta vez habilitáronse diciseis cabalgaduras. Por suerte, en la hacienda sobran caballos, yeguas, mulos, mulas y hasta burros, necesarios para la procreación de raza híbrida. Buscáronse dos yeguas de paso fino, para Clara y Virginia, que, de seguro, aquella era la vez primera que practicaban la equitación. Al subirse cada cual á su cabalgadura, vieron venir corriendo á César y Angelina. ¿Cómo dejar ir á su padre sin despedirse? Dando la mano al marido llegaron los dos jadeantes de tanto correr. Rojos, y un tanto avergonza-

dos por su retraso, dieron su despedida á los viajeros. Ya todos preparados, comenzó el desfile del pequeño ejército. Detrás iban las dos jóvenes bloqueadas por sus maridos. Ellas, pronto se pusieron al tanto: seguras de que los esposos no las dejarían caer, afirmáronse sobre las sillas y emprendieron un paso vivo que antes de llegar al Palenque bien pudiera convertirse en galope.

Ester recibió á los viajeros con su habitual cortesanía, alegrándose mucho de verse frente á frente con mujeres de su raza. Por su parte las artesanas admiraban á esa valerosa señora, cuya historia conocían. Asombráronse de que una india pudiera ser tan hermosa como lo era Mariquita, y más cuando la oyeron hablar tan correctamente el castellano, y después seguir con Ester un diálogo en inglés. ¡Ah! ellas no sabían tanto: faltóles maestro. La **Jefa** tenía cierto placer en exhibir la instrucción de su discípula. Así todo maestro se enorgullece presentando la vasta inteligencia que, antes de sus lecciones, yacía como arrollada en el cerebro del discípulo y él con magistral paciente trabajo, coronado por el éxito, tuvo la dicha de desenvolver. ¡Ah, los buenos Maestros valen un Potosí!

Aquella tarde marcóse el terreno para el primer salón en el lado Este de la plaza: en el mismo punto central quedó demarcada la gran puerta. Las maderas para la armazón vinieron ya listas de la capital, por cuanto los carpinteros no podían dar abasto sino con tiempo, á todo el maderamen, y don Alberto, á todo trance, quería construir pronto. Desde el mismo día comenzó la erección, fijando de trecho en trecho los enhiestos, altos maderos que sostendrían la techumbre. Aunque la operación fuese sencilla, el arquitecto presidíala para que las distancias fueran perfectas. El edificio era de modestas proporciones. Unos veinticinco metros de ancho por cincuenta de fondo; ese local sería muy capaz para contener doble número de habitantes de los que hoy tenía el pueblo. Más adelante, cuando los vecinos fuesen muchos más, sería fácil ensanchar el Templo, alargándolo. Pero para eso sería preciso que transcurriese un largo lapso de veinte ó más años.

Aquella noche los hombres se acomodaron en las tiendas; las mujeres en el rancho de Ester. Todos incontinenti se durmieron, como sucede á cualquier cuerpo sano después de un trabajo por demás activo. Toda la semana trabajando con igual empeño pareció á todos muy corta.

El trabajo proporciona muchas ventajas: produce riqueza, es moralizador y hace que el tiempo nos parezca que

corre rápidamente. Sin el trabajo, la vida, alomenos para las gentes honradas, sería insoportable; cuanto á las holgazanas, ya vendrá el tedio con su decadente cortejo á castigar su consuetudinaria apatía. Carmona no se dormía en las pajas; echaba un vistazo á la construcción, en seguida, á pintar: por manera que á fin de semana el retrato se terminó. Ya se sabe el arte que ese pequeño sonriente pintor empleaba en sus producciones. Al retrato de la **Jefa** no le faltaba más que hablar para ser ella misma. No sabemos qué clase de pinturas usó para imitar las piedras del collar: ello es que exhibían cierto brillo diamantino, que no dejaba duda sobre su origen. La imagen miraba de frente, aunque representada en el acto de sacar la prenda, sus ojos, á los cuales supo el original dar expresión de gratitud, parecían dar las gracias por el obsequio. Detrás, por entre arboledas, columbrábanse las siluetas de algunos ranchos, y uno que otro indio en las lejanías. Algunas montañas cubiertas de vegetación dibujábanse en último término, teniendo por cúpula el cielo azul salpicado graciosamente por pequeños celajes blanco y rosa. ¡El cuadro era magnífico!

Apenas estuvo bien seco se cubrió la pintura con papel vitela, después arrollado á lo largo envolvióse en blanco lienzo concluyendo el envase con tela impermeable.

Don Alberto, ya dueño, propúsose enviar, por medio de un propio, el precioso retrato á los magnánimos Emperadores, que seguramente lo admirarían.

—Amigo don Aurelio, su trabajo de Ud. es una obra magna ¿Cuánto quiere usted por ella?

—¡Hombre, hombre! Me agrada que el cuadro haya quedado á su gusto. Respecto á dinero, ahora no creo á propósito hablar de ello: tenemos más trabajo que hacer, hagámoslo. Más adelante.... Allá veremos!

Este excelente sujeto era también desprendido. Don Alberto quedó muy contento con tal respuesta, no por evadirse del pago inmediato, sino porque ese era el carácter que le agradaba tuviese la gente de su pueblo. Probablemente, Carmona ingresaría en la comunidad.

El domingo temprano llegaron todos de retorno á Miraflores. La familia estaba reunida para la recepción: esta vez no faltaron César y esposa: era preciso corregir el defecto de tardanza.... Las dos artesanas corrieron á contar á sus amigas lo poco de salvajismo que vieron. No había cuidado, no se veían sino chiquillo desnudos y sucios: los grandes no aparecían: las mujeres escondidas, espiando. Todos los días le mandaban á la **Jefa** carne montés, pescado fresco y

legumbres. Pero eso lo traía una chica vestida con un delantal de esterilla. A veces, al anochecer llegaba un indio por fuera del rancho; decía unas palabras en su lengua y se iba. Entonces salía Ester y recogía del suelo un bulto enrollado en hojas de plátanos, ahí venía el regalo. Es una especie de tributo que le pagan todos los días á la Jefa. No parece sino que aquella gente tiene vergüenza de su desmerez. Y seguían contando sin descansar. Que la joven india que Ester tenía consigo, esa si era admirable: tan bonita, tan instruida y tan trabajadora. Se podía hacer viaje al Palenque sólo para conocer á Mariquita. Lo mismo pensaba el Mister, que se dió traza para oír lo que contaban las viajeras: no tardaría él en ir por allá á ver ese portento....

Después de corto descanso, Sorel, seguido de Carmena, fuese á su cuarto de dormir. Entre los dos desembalaron el cuadro, colocándolo donde la luz le favoreciera. En seguida llamó á todos para que vieran **una cosa**. Al entrar, fijando la vista en el retrato, no pudieron menos de lanzar unisonas exclamaciones de admiración.

—Yo la conozco, decían las que vinieron de allá, es Ester. ¡Está idéntica!

—¿Esa es la Mariquita?—preguntó el yankee, que llegó á la sazón.

—¡Cá, no señor! Esa es la Maestra de Mariquita.

—Pues si la Maestra es tan bella, cómo será la discípula?

—Es una jovencita muy encantadora—terminó Clara.

—Muy bien, la conoceré.

—Y puede hablar con Ud en inglés, lo sabe perfectamente.

—¿Yes? Very well.

Al Mister, con el entusiasmo, se le escapó la frase en su idioma, dejando á Clara sin entender palabra; parecióle que aquel sujeto ladraba un poco.

Después que por largo rato contemplaron todos aquella obra maestra de Arte, Sorel la volvió á enrollar cuidadosamente, pegándole una tarjeta que decía: "A S.S. M.M. los Emperadores del Brasil tengo el alto honor de obsequiar este retrato, fiel traslado de su humilde servidora."

Ester, la española v. del Jefe Cisne."

Cubrióse el rollo con blanca tela, después con lienzo impermeable que se cosió para mayor seguridad, ya listo añadióse la dirección, á saber; "A S. M. don Pedro de Braganza, Emperador del Brasil.—En su Palacio Imperial.—Río Janeiro."

Don Alberto consultó á Castañeda para saber si en la

legumbres. Pero eso lo traía una chica vestida con un delantal de esterilla. A veces, al anochecer llegaba un indio por fuera del rancho; decía unas palabras en su lengua y se iba. Entonces salía Ester y recogía del suelo un bulto enrollado en hojas de plátanos, ahí venía el regalo. Es una especie de tributo que le pagan todos los días á la **Jefa**. No parece sino que aquella gente tiene vergüenza de su desnudez. Y seguían contando sin descansar. Que la joven india que Ester tenía consigo, esa si era admirable: tan bonita, tan instruida y tan trabajadora. Se podía hacer viaje al Palenque sólo para conocer á Mariquita. Lo mismo pensaba el Mister, que se dió traza para oír lo que contaban las viajeras: no tardaría él en ir por allá á ver ese portento....

Después de corto descanso, Sorel, seguido de Carmona, fuese á su cuarto de dormir. Entre los dos desembalaron el cuadro, colocándolo donde la luz le favoreciera. En seguida llamó á todos para que vieran **una cosa**. Al entrar, fijando la vista en el retrato, no pudieron menos de lanzar unísonas exclamaciones de admiración.

—Yo la conozco, decían las que vinieron de allá, es Ester. ¡Está idéntica!

—¿Esa es la Mariquita?—preguntó el yankee, que llegó á la sazón.

—¡Cá, no señor! Esa es la Maestro de Mariquita.

—Pues si la Maestra es tan bella, cómo será la discípula?

—Es una jovencita muy encantadora—terminó Clara.

—Muy bien, la conoceré.

—Y puede hablar con Ud en inglés, lo sabe perfectamente.

—¿Yes? Very well.

Al Mister, con el entusiasmo, se le escapó la frase en su idioma, dejando á Clara sin entender palabra; parecióle que aquel sujeto ladraba un poco.

Después que por largo rato contemplaron todos aquella obra maestra de Arte, Sorel la volvió á enrollar cuidadosamente, pegándole una tarjeta que decía: "A S. S. M. M. los Emperadores del Brasil tengo el alto honor de obsequiar este retrato, fiel traslado de su humilde servidora."

Ester, la española v. del Jefe Cisne."

Cubrióse el rollo con blanca tela, después con lienzo impermeable que se cosió para mayor seguridad, ya listo añadióse la dirección, á saber; "A S. M. don Pedro de Braganza, Emperador del Brasil.—En su Palacio Imperial.—Río Janeiro."

Don Alberto consultó á Castañeda para saber si en la

hacienda habría una persona capaz para llevar ese mensaje á la Metrópoli.

—Hay varios, dijo don Gabriel, que pueden encargarse de esa comisión; sobre todo uno que es oriundo de la capital del Imperio: ese que conoce bien los caminos, me parece el más apto.

Se hizo comparecer al sujeto, el cual quedó muy contento de ser portador del bulto enviado á tan alta persona. De paso, dijo, tendría el gusto de avistarse con algunos parientes que tenía por allá. Quedó dispuesto á partir al otro día, lunes, al amanecer. El domingo transcurrió como el anterior, hablando sobre el obligado tema de fundación. La cosa marchaba viento en popa: precisaba terminar con rapidez el salón, porque las casas llegarían pronto. En llegando, se irían todos los carpinteros y albañiles á levantar los edificios, y en aquel local pernoctarían; no se podía pasar la noche á la intemperie. En las tiendas podrían acomodarse unos pocos, no todos. Así es que urgía acabar lo más pronto esa obra que iba á ser albergue de muchos hasta que surgieran algunas de las habitaciones propiamente dichas.

El lunes al amanecer estaban listos los viajeros. Ahora partían otros artesanos quedándose los que regresaron el día anterior. Igual cosa pasó con las mujeres; previo sorteo, tocó á Teresa y Marta ser las viajeras.

La familia estaba presente sin faltar la del Bosque. De seguro aquellos dos se habían corregido.

Ya todos á caballo, llegó, montado en fuerte mula, el enviado á Río Janeiro. Armida le entregó el rollo, que el portador acomodó sujeto á la grupa, partiendo en seguida al trote largo de su valiente cabalgadura.

Los otros, despidiéndose, caminaron en sentido opuesto en demanda de la fundación.

Allí continuó el trabajo activo. Los albañiles dieron principio á la pila de la plaza. El alto pilón central remataba en gran receptáculo en forma de concha la cual era de mármol blanco, ejecutada por un escultor de Belén. Cuatro peces adheridos al borde lanzarían más tarde por las abiertas bocas gruesos chorros de agua. Esta obra casi quedó terminada en la semana: apenas faltaba el repello y la pintura exterior del estanque. La obra no era de cantería, porque eso pedía mucho tiempo. Varias filas de ladrillos cogidas con buena argamasa, el fondo igual materia. Por fuera capas sobrepuestas de pintura color imitando la piedra, quedaba sólida y pronto hecha. El canto pide mucho tiempo para su laboreo.

Alrededor llevaba una verja de hierro terminada en agudas puntas, para evitar el asalto de los chiquillos. De Miraflores llegaban tablas todos los días; así el salón avanzaba rápidamente. Se trabajó con tal ahinco que á fin de semana ya tenía puesta gran porción de la techumbre: allí bien podían pernoctar todos los artesanos, máxime cuando las noches eran estivales.

Respecto á Carmona, artista incansable, ya tenía preparado el lienzo para el cuadro principal del Templo. Su largo era de tres metros con igual altura. Se trataba de retratar al Cristo en el acto de impartir á las multitudes la inmortal Doctrina. Ahí había mucho trabajo, pero Carmona no se arredraba por eso: era muy diligente y además amaba el Arte: por eso lo practicaba á conciencia. El gran Maestro sentado en una pequeña eminencia extendía la derecha en actitud de hablar. Ésta gran figura quedó bien bosquejada en la semana: ya podía verse bien la gran belleza que exhibía el rostro. En quince días quedaría ese cuadro terminado. El artista tenía prisa: había que pintar otros dos quizá de más ejecución. Érale, pues, urgente no sentar mano, y así lo hacía. Pero eso sí, por más premura que tuviera, las obras serían perfectas. El domingo volvieron todos para la hacienda. Era cosa convenida, mientras no hubiese casas en el pueblo, pasar en Miraflores los días festivos. La familia del Bosque y toda la de casa, recibieron con gran contento á los viajeros. El Mister preguntó:

—¿Qué tal van los trabajos del pueblo?

—Muy adelantados. Ya Ud. puede ir por allá. El gran salón está en disposición de hospedaje.

—Entonces ¿podré acompañarle el próximo lunes?

—Sí, señor, si Ud. gusta.

—Con placer iré á conocer esas obras (y á la india sabia murmuró para su capote).

Un poco de charla, el almuerzo... y ahí está el sol en el zenit lanzando torrentes de luz y calor. Circulan los refrescos helados que se toman con fruición, esos lo distribuye doña Toribia, muy dada á trastear entre las cosas buenas. En tiempos las tuvo propias... le faltaron... ahora volvieron con creces; pues agarrarlas bien: nó, no volverían á escapársele... Al caer la tarde regresó el enviado á Río Janeiro. Todos le rodearon deseosos de saber cómo fue recibido el mensaje. Por toda respuesta el viajero entregó á don Alberto una carta algo abultada cuyo sobre decía:

“Señor don Alberto Sorel, Gobernador del Pueblo del Espíritu.

Roto el sobre leyó en voz alta:

Señor Gobernador:

La Emperatriz y yo hemos quedado altamente complacidos con el precioso retrato que nos habéis enviado. Queriendo demostrar la nuestra real deferencia, nos complace-mos en condecorar á esa distinguida dama, con la Cruz de Honor, cuya dotación será trescientos duros mensuales, pa-gados por nuestro Tesorero particular al presentarle la ad-junta Cédula.

—Firmamos—Pedro y Leopoldina, Emperadores del Brasil.”

La Cédula decía:

“Nuestro Tesorero particular pagará al portador de esta real Cédula, la cantidad de trescientos duros mensuales. El documento quedará en poder de su dueño para que vuelva á presentarlo como reclamo legítimo, en cualquier tiempo que desee hacer efectiva la cobranza de la antedicha suma.

Firmada, Pedro de Braganza, Emperador del Brasil.”

La Cédula traía impreso el sello del Estado.

Después de léidos los Documentos, examinóse la cruz, pendiente de rojo lazo. Era de Oro con cinco grandes perlas, la mayor en el centro, las otras, en los extremos.

—¡ He aquí á Ester, convertida en Señora Cruzada!

¡ Bah! A otros con menos méritos, también los conde-coran.

Eso dijo don Alberto al contemplar la cruz, pensando que á los valientes guerreros, á los que matan mucha gente, se les dan cruces y condecoraciones. ¡ Qué bonito modo de ganar insignias! ¡ A cuántos de esos matones, les convendría mejor ingresar en un Manicomio...!

Fijaos bien en muchas acciones ejecutadas por algunos de los llamados grandes hombres: escuchad vuestra propia conciencia, si la teneis moralizada, y os convenceréis de que todos los hombres sanguinarios debieran asilarse en casas de Salud. En el mundo hay mucho loco suelto...! Tan locos, que hasta cometen el sacrilegio de implorar un Dios de las batallas, que ellos mismos han forjado, para que les preste una protección sanguinaria; y si salen victoriosos, elevan himnos de gracias á ese Sér que les prestó auxilio para que pudieran exterminar á muchos hombres...!

Si ese comportamiento no viene en línea recta de los tiempos Paganos, que lo diga quien sepa un poco de Historia. ¿ Quién ignora que la Diosa Minerva, combatió en favor de los atenienses, en el sitio de Troya? ¿ Y es posible que,

después de tantos siglos el hombre no haya podido discurrir racionalmente? ¿Que aún implora y da gracias á la Divinidad, como aquellos paganos? ¡Eso es verdaderamente doloroso! Convenséos que el gran Sér á quien llamamos Dios, no empleará nunca su increada omnipotencia en oiros, y venir á favorecer vuestras feroces matanzas. Es demasiado justo, caritativo y excelso para mezclarse en vuestros feos asuntos. Ya os dió la chispa racional, entendeos vosotros ahora...

El enviado dijo, sabía de buena tinta que el retrato estaba cuidadosamente oculto á las miradas de los muchos que deseaban verle, porque el Emperador quería presentarlo en la próxima Exposición de Pinturas.

Rumorábase que el autor de ese cuadro se llevaría el primer premio.

El modesto arquitecto sonreíase plácidamente, prometiéndose, allá en su fuero interno, no dormirse sobre sus laureles.

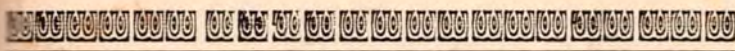
En la noche recibióse carta del doctor Amador, encargado por Sorel de avisarle apenas llegasen los edificios. Decíale que una de las Empresas constructoras había avisado, por cable la próxima llegada á Belén de las doscientas casas encargadas.

Si don Alberto no brincó de alegría fue por ser persona grave. Pero sabemos que su gran corazón si dió tres ó cuatro saltos fuera del ritmo usual.

—Ahora, señores, mañana nos iremos en las mismas condiciones que lo hemos practicado hasta hoy; pero apenas lleguen las piezas para levantar el caserío, la cosa cambiará por completo. Se irán todos los hombres al pueblo y en vez de dos señoras, nos llevaremos cuatro. Tendrán la bondad de seguirnos para que entre ellas, Ester y Mariquita atiendan al servicio de tanto hombre. Ya sabéis que los desnudos se esconden, no hay que tener sonrojo.

Todas accedieron gustosas. Don Alberto empuñando la péñola, contestó al médico suplicándole le avisara inmediatamente llegase al puerto la nave conductora, para irse á la capital á recibir y cancelar la pacotilla.

Al día siguiente, después de despachar un propio con la carta para el señor Amador, don Alberto, dando las últimas disposiciones de continuar con actividad los trabajos de sierra, despidióse de la familia y seguido de su brigada, en la cual figuraban, según sorteo, Adela, Dora, Julia y Araceli, emprendió la marcha á buen paso. Esta vez el Mister ingresó en la cabalgata.



CAPITULO XLVIII

LLEGAN LAS PRIMERAS CASAS

Ester quedó gratamente complacida por la honorífica mención que de ella hacían los Emperadores. Guardó su insignia de Señora Cruzada, para usarla, según dijo, en algún día clásico: la cédula fue asimismo cuidadosamente guardada. Con esa renta que le cayó del Cielo, pensaba, más adelante, traer un médico al pueblo; pues, si bien en el Gobierno que regiría a ese pueblo no podían figurar salarios ni asalariados, un doctor en medicina y cirugía, tenía que ser remunerado porque no podría atender á otras cosas que á las de su incumbencia, esto es: cuidar sus enfermos y vigilar la higiene popular.

Las jóvenes artesanas fueron, como las anteriores, muy bien recibidas. Ellas, por su parte, admiraron á Ester y la bella discípula. Don Alberto, como ya se sabe, antes de su viaje á Europa, les mandó vestidos que ellas cuidaban bien. Las dos llevaban trajes decentes de moderna confección, siempre bien peinadas, y Mariquita, apasionada por las flores, prendíase alguna en el lustroso pelo sin olvidar otras en el pecho: generalmente eran rosas silvestres formando grupo con azahares. Allí no había flores finas; pronto las habría en abundancia.

Cuando esas damas desempeñaban oficios culinarios, y eso era diario, cubrían sus vestidos con grandes delantales de esterilla ó de basta tela de cabulla, de los cuales tenían muchos que ellas mismas tejieron, por aquello de que "la necesidad es madre de la industria." De esas piezas surtían á las artesanas, como preservativo para sus ropas durante el cocinado. Las muchachas tenían delantales, pero blancos con adornillos, piezas más bien de lujo que de resguardo.

Don Alberto, después de enseñar los trabajos al Míster, le llevó á presentarle á Ester. Al entrar en el rancho levan-

táronse Jefa y discípula para recibirles. Hecha la mutua presentación sentáronse todos en los consabidos banquetillos. Sorel tomó la palabra manifestando el pronto arribo de las casas. Pero el yankee hacía poco caso de esa conversación: miraba á Mariquita. Esta por su parte le miraba á él con cierta admiración. Nunca había visto ojos azules, ni aureola roja sobre blanca frente. Todas las personas que conocía tenían pelo y ojos más ó menos negros. ¿Por qué aquel señor era diferente? Eso pensaba la chica, mientras que el otro, como distraído, fijaba los ojos en ella diciéndose que jamás vió morena tan preciosa. En qué terminaría la cosa? ¡Pues claro! terminaría en que la admiración mutua, pronto tomaría otro nombre. Era preciso que el hecho tuviese su consecuencia y esta sería probablemente que la libertad del Mister quedase prisionera en el pueblo del Espíritu. Don Alberto rompió el **encanto** poniéndose en pie é invitando al sujeto á seguirle para ver los trabajos: despidiéronse, encaminándose al futuro Templo. Apenas salieron, dijo la joven Mariquita:

—Dígame, señora, ¿por qué ese caballero tiene ojos azules y pelo rojo?

—Hija mía, porque las razas puras sin mezcla de otras, especialmente la inglesa y alemana, siempre tienen ojos azules y pelo rojo con variantes de color más ó menos subido.

—¿Y en España no hay esa clase de ojos y pelo?

—Sí, hija, cuando el tipo no es puramente español. ¿Te gustan á tí esas diferencias?

—¡Ah, sí, mucho!—contesto sencillamente la joven.

Ester comprendió que había que percatarse, no fuera ese rojo á enredar á su inocente hija adoptiva.... Muy cauta y previsor, puso en autos á don Alberto, suplicándole no trajese al Mister de visita sino rara vez.

—No pase Ud. cuidado alguno por eso, señora. Justamente ese es mi sueño dorado: no consentir jamás amoríos en mi pueblo. si hay amores, que sigan el camino recto: si no, las relaciones frívolas se cortan rápidamente invitando al calavera que se vaya con la música á otra parte.

Así efectuado el arreglo, Ester quedó tranquila sobre punto tan importante para la futura felicidad de su Mariquita.

En la semana quedó techado el edificio Templo, yijos los altos maderos de los otros dos, más angostos de fachada, pero tan largos como el grande. Ambos llevarían en su inte-

rior tabiques divisorios. El gran salón tendría por nombre "Templo de la Moral". El de la derecha llamaríase "Templo de Minerva ó Escuela". El de la izquierda "Templo de Témis ó la Justicia". Ahí tendrán sus despachos Gobernación é Inspección.

Por su parte, don Aurelio, que no dejaba los pinceles sino para comer, á fin de semana tenía su gran cuadro casi terminado: apenas faltaban algunos toques de claro oscuro. ¡La figura del Cristo estaba admirable! Su rostro de belleza sobrehumana con ligero círculo luminoso rodeando la augusta cabeza. Su actitud declamatoria era tan expresiva que daba impulsos de poner el oído atento para escuchar la inspirada palabra. Esa figura en primer término estaba acompañada por multitud de otras, viéndose las más inmediatas casi de cuerpo entero: otras apenas asomaban la cabeza, notándose más lejos pelotones de gentes que acudían ansiosas á oír la palabra del Gran Maestro. Los campos ostentaban sus mieses y arboledas, y en último término, allá en las lejanías, blancas nubes envolvían en sus tenues gasas rasgadas á trechos, las faldas de los montes.

No había cielo en el cuadro. ¿Para qué? El cielo estaba contenido en las palabras del Orador.

La próxima semana se darían los últimos toques á ese bello trabajo. En seguida, Carmona daría principio al del Portal ó Nacimiento de Cristo, cuya ejecución no sería floja.

El sábado á las doce, don Alberto fué reclamado de Miraflores. Amador había avisado la llegada al puerto, de las doscientas casas. Sorel invitó al Míster á que le acompañase, pues emprendía al momento viaje para la hacienda. El invitado, quieras que no, tuvo que aceptar: sólo una vez había vuelto al rancho de Ester. Y ahora se lo llevaban.... ¡Qué caramba...! Tenía que obedecer para estar bien quisto con don Alberto. Al fin iría á despedirse, y... algo es algo.

El Gobernador encargó á Carmona le representase en su corta ausencia, reñomendándole que al otro día se fuesen todos, como de costumbre, para Miraflores: no lo hallarían allí, porque apenas llegase se iría á Belén; que le aguardasen en la hacienda hasta su regreso del puerto.

Dadas esas instrucciones, fuese con el Míster al rancho de Ester, donde se despidió por corto tiempo. El yankee, al estrechar la mano á la chica detúvola en la suya un tantico más de lo regular, cosa que inmutó algo á la joven. Ester no dejó de observar ese pequeño signo. Después de la visita,

cabalgaron, y á galope tendido desaparecieron por la llanura. Don Alberto, aunque reventara su bridón, llegaría en la mitad de tiempo que otras veces empleó en el trayecto. Antes de las dos, los viajeros se apeaban en el patio de Miraflores. Las bestias, chorreando sudor, fueron llevadas bajo techado, aflojadas las cinchas y cubiertas con mantas hasta que se refrescasen: la carrera había sido larga y continua. Los animales hay que cuidarlos si se quiere conservarles sanos: son de carne y hueso como cualquier sujeto, y no pocas veces más útiles....

A continuación de los saludos recíprocos, Sorel dió una ojeada á los trabajos. Ahora las costuras daban mayor rendimiento, porque doña Antonia y Armida, considerando la premura del trabajo, entregaron sus propias máquinas á las artesanas; por consiguiente, á la sazón, funcionaban ocho, las cuales en poco más de dos horas daban su respectiva pieza lista. Doña Toribia tuvo que agregar algunas jóvenes á su industria ojatera; sola no daba abasto á tantos ojales. Angelina y Armida hicieron otro tanto con el bordado de sus manteles.

Tomaron como ayudantes dos artesanas primorosas en esas labores. Entre las cuatro tenian casi terminado el primer mantel, trabajo delicado y precioso. La sierra continuaba soltando tablas. Pero esa faena iba á suspenderse ahora. Los trabajadores, en masa, se trasladaron al palenque; porque lo más importante era la erección de casas.

Después de examinar los adelantos, Sorel preguntó si alguno quería acompañarle á la ciudad, pues á las cuatro saldría para allá. El primero que se ofreció fue el Mister. Es que quería proveerse de bonitas corbatas para agradar á la morena aquella que le tenía medio sorbido el seso. César, Alberto y Castañeda se brindaron también á ir con él.

—Pero les advierto que no podremos regresar hasta el lunes. Mañana es domingo. Quizá no descargue el barco... Luego, los carreteros tampoco querrán trabajar en día festivo... conque vean si las casadas se conforman á quedar viudas por un par de noches.

—La necesidad es ley imperiosa, dijo Angelina echando furtiva ojeada al marido, que asintió con la cabeza.

—Hay que acostumbrarse á todo, añadió doña Antonia: las artesanas nos están dando ejemplo.

—Pues á ensillar las bestias. Las que trajimos están rendidas. Anda, Alberto, que les quiten las monturas fuera de corrientes de aire y les den buen pienso, sin soltarlas hasta

que se refresquen del todo. Hay que cuidar los animales, y ahora con la afinidad... más, Alberto halló los caballos ya preservados de resfríos, como se dijo antes. Es posible que el mozo de cuadra hubiese tenido alguna noticia volandera, de las afirmaciones de parentesco, que tienen noventa y nueve probabilidades de certeza, por una de negación.

Una hora después los cinco viajeros corrían camino de la capital. Ahí ingresaron próximamente á las seis de la tarde. Dejando los corceles en caballeriza, fuéronse á casa del Doctor. Este informó que el cargamento estaba desembarcado á medias: había que esperar al lunes; los bultos ya en tierra, yacían en un almacén del muelle.

Don Alberto comprendió que el martes sería cuando ya listo, podía volver á la hacienda. Había que avisar á Carmona; se despidió hasta el lunes, talvez ni el martes podría regresar.... Pues lo más acertado era que uno de ellos fuese á dar noticia de esa emergencia. Cualquiera hubiérase hecho cargo del mensaje, pero César dijo que él sería el correo.

Don Alberto sonrió, pensando que su yerno no podía separarse de la mujer. No había que culparle: la perdió por tantos años....

—Yo vuelvo el lunes, dijo, y montando á caballo, picó espuelas desapareciendo al momento.

Cuando llegó á la hacienda eran las nueve de la noche. Recibióle con alegre sorpresa. Expuso la razón del rápido regreso, conviniendo todos en la oportunidad del aviso: sin él hubiéranse alarmado con la tardanza de los viajeros. Angelina se apresuró á servir al esposo algo bueno para cenar. Chocolate, mantequilla, pastas finas, algunos fiambres y buen pan; he ahí una grata colación. Hay que advertir que Angelina, por ausencia de César, quedábase á dormir en Miraflores. Sólo María continuaba en el bosque: estaba bien acompañada con sus imágenes, y luego ¿los anacoretas no vivían solos....?

A las diez retiráronse todos á dormir.

—¡Alma mía!—dijo Angelina—¿Verdad que volviste temiendo perderme otra vez?

—¡Sí, encanto de mi vida! En vano sería negártelo. ¡Tú lo adivinas! Cuando estuve lejos pensé que algún malféfico Genio volvía á separarnos....

—Pues, amado mío, no separarnos nunca. Yo, como tú, creí que iba á perderte de nuevo. ¡No, no! No te separes más de mí!—dijo, abrazándose á él cual si temiese verle evaporarse.

El la estrechó con amor inmenso, continuando los raptos pasionales hasta que el sueño les venció.

No hay que olvidar que esos dos se amaron mucho en la primavera de la vida: bruscamente separados por la desgracia, al volver á encontrarse después del largo lapso de diecisiete años de ausencia, el amor primero, que no había muerto, resurgió potente... se amaban con locura: temían volver á perderse... sentían miedo de que la adversidad volviese á echarles la garra... No querían separarse... tenían razón.

El domingo lo pasó cada cual según su gusto. Los del Palenque habían regresado. Los artesanos y sus compañeras paseábanse por el campo, solos, ó reunidos en grupos, que alegremente departían entre sí. Doña Antonia entretenida con el pequeño Guillermo.

Cuanto á Armida, que no podía pasarse sin ver al cazador todo los días, echó mano á un libro y fue á sentarse bajo un frondoso naranjo. Allí comenzó á leer algunos episodios finales del *Judio Errante*: deploró con el Autor las desgracias de los infelices herederos. Comparábase á la protagonista, siquiera por el color del pelo. El príncipe Djalma sin duda se parecía á su Alberto: éste era más blanco, pero tan bello y tan amante como el indio. ¡Y qué fin tan desgraciado! ¡Ah!—decía al leer el trágico acto—¡yo no tendré ese fin! Entre Alberto y yo no se erguirá la avaricia... Saltando a otro capítulo, condenaba el fanatismo de la mujer de Dagoberto, el fiel y aguerrido soldado, ¡qué mujer tan simple y desleal! Pobres huérfanos. Entre las lecturas y análisis mentales de las mismas, pasóse gran parte del día. César y consorte, cogidos del brazo, divagaban por las frondas deslizándose, al fin, bajo la sombra protectora de una de aquellas enmarañadas florestas que, cual islas de exuberante lozanía, veíanse surgir acá y allá en la extensa pradera Envueltos en el manto seductor de la pasión, sentados sobre el mullido césped, olvidaban en medio de placer, desconocido para el que ignora los arrobos del amor grande, al Universo entero.

Los grandes guacamayos, loros y cotorras, parleros habitantes del ramaje, callaban su charla sempiterna. Ojo avizor, espiaban hacia abajo; sin duda para aprender lecciones que, en la próxima florida Primavera, enseñarían á sus respectivos amantes...

Por su parte, el Arquitecto entreteníase contando anécdotas y chascarrillos en este ó el otro grupo.

Doña Toribia quiso estirar las piernas yendo al Bosque á visitar á María. El camino era llano y recto, poco lejos, no

había cuidado de extraviarse. No obstante, quiso doña Antonia que una joven de la hacienda la acompañase. Y ambas emprendieron el paseo. María alegróse mucho de ver estas personas que de ella se acordaban, preguntando en seguida si, como esperaba, César y familia vendrían en la noche. La señora refirió el pronto regreso de César y la causa que lo motivó.

—¿Quererla? nó, ¡es que la adora!, lo cual es muy justo porque... derrepente calló. El pasado se alzó amenazador ante ella...

—Vamos á ver la casita: es pequeña, pero cómoda.

—¡Hola! Hay aquí una Biblioteca.

Sí, señora; no es grande pero es selecta.

—Casa sin libros, dueños ignorantes. Yo gusto mucho de la lectura, ¿y usted lee?

—Con mucha frecuencia; es el mejor alimento para el espíritu.

—Así es, repuso doña Toribia. Es evidente que desde la antigüedad fué considerada la lectura como panacea universal de las penas morales. En tiempos lejanos, existió una Biblioteca en cuyo frontispicio leíase en grandes caracteres "Remedios del Alma". Vea Ud. si es una verdad palmaria el consuelo moral de la lectura. Francamente, me compadezco de las personas que la rehuyen. Porque las hay, ¡sí, señora! Mejor quieren sumergirse en decadente apatía que leer algo para distraerse.

Hablando así, terminaron la revista de la casa. Doña Toribia instó á María á que se fuese con ella para Miraflores. La anciana, dando las gracias, no aceptó: con sus santos y sus libros tenía sobrada sociedad.

Comenzando sus funciones de sombra, el crepúsculo vespertino advirtió á las gentes que ya se acercaba la noche. Consecuente con el cortés aviso, doña Toribia y su compañera despidiéronse echando á caminar por la llanura. Al llegar á la hacienda incorporóse al grupo de sus amigos que hablaban de cualquier cosa, pasando el tiempo mientras aparecía la hora de la colación. Entre muchos amigos que platicaban á sus anchas, el tiempo se desliza, suave, prontamente. Así sucedía á aquellas buenas personas.

Tomóse el nocturno refrigerio, separándose después, cada cual en demanda de su respectivo aposento. Ya en el suyo, César dijo á la consorte:

—Ofrecí á tu padre, irme el lunes temprano. Tendrá mucho qué hacer: contratar muchos carros para la conduc-

ción de edificios; sacar del Banco la gran cantidad con que se han de pagar... en fin, hay mucha ocupación. ¿Crees que debo ir?

—¡Oh, sí! sin vacilar! hay que asistir á mi excelente padre en esa obra magna. ¡Ve, querido mío!, si no puedes regresar por la noche, me conformo.

—Haré esfuerzos por volver á tu lado lo más pronto posible. Creo, retornaré en la noche.

—Pero bien abrigado: no vayas á enfermar.

El se acostó, invitándola á que hiciera igual cosa. Pero ella, tomando un periódico, sentóse á la cabecera diciendo:

—Estoy muy desvelada: voy á leerte un poco en este diario... y mientras le pasaba la mano por entre la rizada cabellera, comenzó la soporífica lectura de uno de esos largos artículos en el que la política de algunos pueblos exhibe la inepticia de sus Gobernantes para mantener la paz, ciñéndose al maldecido régimen de la fuerza. (Alimentando millares de brazos en la holganza de los Cuarteles, cuando tanta falta hacen á la Agricultura: sangrando los pueblos para mantener sobre las armas numerosos ejércitos, por si acaso... ¡Esas gentes están en perenne desafío...! ¡Qué lecciones de mútua fraternidad se dan hoy los Gobiernos, llamados—sin duda por irrisión—Gobiernos Cristianos!

Es claro, que el mencionado artículo que leía Angelina, no contenía ni una palabra de las dichas entre paréntesis. Allí no se hablaba más que de próximas batallas: de armamentos de guerra listos en la frontera tal ó cual: de grandes escuadras navales cruzando los mares como exhibición de bélico poderío; de Padres de la Patria, votando en las Cámaras sumas exhorbitantes para armadas y armamentos de destrucción... etc., etc.

Al terminar Angelina el largo, fastidioso y hasta repugnante artículo—porque repugna considerar á la humanidad bajo su aspecto sanguinario, César dormía profundamente. No merecía otra cosa aquella difusa disertación de la cual solamente podía extraerse algún Hospital de sangre...

¿Se durmió? ¡perfectamente! Eso es lo que ella se propuso conseguir con sus pases de mano y su artículo de palabras y más palabras. Mañana se iba de viaje: que descansara sin que sensación alguna alejase al gran consolador de todos los males. La inocente benéfica estratagema dió por resultado que el esposo durmiera toda la noche, como así mismo ella, que, á las rosadas tintas de la aurora, saltó del lecho vistiéndose apresurada.

—¡Cómo, querida mía! ¿levantada primero que yo?

—Sí, porque te vas. Mira, voy á que preparen el desayuno y ensillen el caballo: quiero que hagas viaje temprano, á ver si vuelves en la noche.

Y dándole un pequeño medio abrazo, escapó corriendo á disponer lo dicho. Ésta cuidaba al marido más que á las niñas de sus ojos. El lo sabía muy bien; mas, al apearse del lecho murmuró:

—¡Ah, que adorable mujer! Si volviera á perderla me suicidaba.

Ya vestido, tomó el matinal desayuno, abrazó á la esposa y montando de un salto, corrió por la llanura. A distancia volvió la cabeza, viéndola á ella cruzada de brazos mirándole partir. No resistió el impulso, volviendo bridas volvió junto á la amada, abrazándola por el cuello y besándole la cabeza.

—¡Vaya, vaya! que se te hace tarde! balbuceó la otra mientras la estrechaba las manos sobre su pecho.

—Si no te escondes, no tendré el valor de dejarte.

Ella lo hizo así, pero por los cristales de la ventana bien lo vió desaparecer.

El día trascurrió en trabajo activo. El segundo mantel de altar se dibujó, dando comienzo el bordado. Había cuatro bordadoras, pero, como el bastidor tenía el largo del paño, bien podía agregarse otra.

Como doña Toribia sabía practicar esa labor, que ninguna dama instruída ignora, formó el quinteto, ejecutando la obra con tal primor, que casi sobrepujaba en delicadeza á la de sus compañeras. Toda la cenefa estaba dibujada para que, á la par, pudiesen las cinco bordadoras ejecutar su oficio, comenzando la primera por la punta, medio metro distante, la segunda, etc., etc.: división del trabajo, rápido adelante.

A las diez de la noche llegaron César y Carmona que quiso acompañarle. Recibidos como mensajeros de noticias, en efecto, las traían. Veinte carretones cargados en forma piramidal, por los muchos bultos que contenían, quedaron dispuestos para salir el martes de la ciudad, con dirección á la hacienda. Como quiera que emprenderían viaje al amanecer, trayendo cada uno seis mulas de tiro, á las diez ú once llegarían. En Miraflores dariase pienso á los ciento veinte animales de la recua y almuerzo á los veinte conductores. Después seguirían para el Palenque. Don Alberto pagó por las casas cerca de medio millón de duros: el caserío era el gasto mayor de la fundación.

—No importa, dijo Armida. Esa primera remesa no merma mi capital más que en la cuarta parte, y todo íntegro, está á la disposición de la obra.

—¿Olvida Ud. que Alberto es socio y que también es millonario?

—Es verdad.

—Sin contar con que el socio Gerente, es acaso más rico que sus asociados.

—Oigo que aquí se habla de millones como en cualquier parte de céntimos. ¡Lástima que no tuviese yo algo con qué contribuir...!

—¡Hé! ¿le parece á Ud. poco ser un pintor afamado? Si Ud. se domiciliara en la capital del Imperio, ganaría montones de oro. Pero, ¡Dios nos libre que le ocurra tal idea! No queremos que nos deje Ud.

El artista sonrió plácidamente: tampoco el quería dejarlos.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, regresaron de la ciudad los caballeros. Fueron recibidos con alborozo. Castañeda, después del conyugal abrazo, corrió á ver al vástago. Armida echó una mirada al cazador, mirada que decía muchas cosas... En cuanto al Mister, dió á todos la mano, llevándose, en seguida, para su habitación una cajita que, probablemente, contenía las consabidas corbatas llamativas.

—Pues, señoras y caballeros, dijo Sorel, por largo tiempo hemos venido convoyando los carretones; pero, al fin, seguros de que la carga está perfectamente estivada, sin correr peligro de que algún fardo venga á tierra, hemos optado por adelantarnos. Dentro de dos horas debe llegar, con seguridad, el cargamento. Es preciso que todo el mundo trabajador se prepare á partir al Palenque.

—¿Nosotras también? preguntaron algunas artesanas.

—No, señoras mías. ¡Ojalá pudiera llevármelas á todas! Pero no hay local. Inmediatamente se armen estas primeras casas, si se irán ustedes á domiciliar allá.

—¿Y el **Ganado manso**?, preguntó Armida riendo.

—¡Al momento!... primero que las damas.

Volviéndose á los hombres, que allí hallábanse reunidos para el recibimiento, díjoles:

—Después de almuerzo, todos ustedes á soguear caballos. Necesitamos para veinticuatro varones y cuatro mujeres, veintiocho bestias. Para Mister Ruy, don Aurelio y yo servirán las que trajimos del puerto. Buen pienso y descanso de tres horas bastarán para que estén en condiciones de marcha.

Al terminar el almuerzo, los artesanos, armados de lazos, corrieron al prado á soguear bestias. Con muchas carreras, vueltas y revueltas, que les sirvieron de diversión, consiguieron atrapar los veintiocho cuadrúpedos. Apenas terminaron esa alegre faena, vieron entrar la partida de carretones que, á modo de pirámides rodantes, conducían la balumba de bultos.

Al punto desengancharon las ciento veinte mulas, disponiéndose en semicírculo otro tanto número de canastos, de los usados en la recolección de café, conteniendo cada uno su cuartillo de maíz, ración para las bestias: las cuales, guiadas por los carreteros, acudieron á comer tranquilamente el nutritivo pienso. Los conductores también tuvieron buena y abundante pitanza.

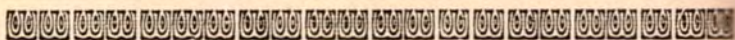
A la una en punto comenzó el desfile: primero los carretones seguidos de una carreta cargada de víveres para alimentar tanta gente.

Muchos de los artesanos no quisieron ensillar sus caballos: doblaron las frazadas de abrigo poniéndolas sobre el lomo de las bestias, diciendo que eran buenos jinetes y no necesitaban más arréos.

Mediante el acostumbrado sorteo, Marta, Dora, Alicia y Ana Rosa, ibanse esta vez de viaje.

Los treintiún expedicionarios, despidiéronse de los que se quedaban, y don Alberto, seguido de su brigada, desapareció por la llanura dejando atrás los vehiculos, porque uno de los carreteros ya sabía el camino.





CAPITULO XLIX

ERECION DEL PUEBLO

A las cinco de la tarde, Sorel y sus gentes echaron pie á tierra en la plaza, ya demarcada, del nuevo Pueblo. Las bestias fueron atadas al pie de los grandes árboles que por doquiera surgían, flojas las cinchas y el ronzal muy largo para que pudieran pastar entre las altas hierbas que en la pradera había.

Las cuatro jóvenes fuéronse enseguida al rancho de Ester (donde habitarían, aunque con mucha estrechez) que las recibió con amable cortesanía y obsequios. Cuanto al Mister, metióse en su tienda de campaña, saliendo á poco. Lucía cuello muy blanco, bien aplanchado y lustroso, rodeado de flamante corbata de raso celeste con puntitos dorados; estaba muy galán.

Acompañado de don Alberto, encaminóse á saludar á la **Jefa** y á la beldad india. Fueron recibidos con exquisita amabilidad. Hablóse de la inmediata llegada de los edificios, diciendo Sorel que por lo menos serían precisos quince ó veinte viajes más, para traer las doscientas casas; pero que ya no era indispensable su vuelta á la capital, pues allí dejó un sujeto muy idóneo para que le representase en el acto de cargar los carretones; que los carretones estaban comprometidos, no sólo al traslado de esta primera remesa, sino de las demás que fuesen llegando de Chicago, las cuales debían tardar muy poco.

El Mister pidió permiso á Ester, para poder hablar un poco en inglés con Mariquita. Al punto se le contestó en ese idioma que no había inconveniente. Entonces preguntó á la chica si le gustaría viajar para conocer otros países. Ella, en correcto inglés contestó que sí deseaba ver algo del

mundo, pero nó separarse de Ester. Hablaron poco más, pues oyendo gran rumor de ruedas, don Alberto y el yanqui entendieron que llegaba el cargamento y despidiéronse ai punto, saliendo con dirección al Templo.

Mariquita quedó pensando en la corbata llamativa. El otro, en la bonita morena que con tanta gracia pronunciaba el inglés.

Los carretones enfilados en la plaza y los conductores esperando, llegó don Alberto y la compañía. I.o primero que dispuso fué el desenganche y acomodo de mulas tal cual se efectuó con los caballos. Los carreteros afirmaron que no había para qué atarlas, pues habiendo por allí tan ricos pastos las bestias no se irían lejos. Don Alberto hizo á sus gentes una pequeña arenga. Tenían qué conformarse á dormir enrollados en sus mantas sobre cualquier tabla bajo el techo del gran salón. Los habitantes del Palenque eran salvajes, no se podía solicitar albergue en sus ranchos. Podía ofrecerles tres ó cuatro tiendas de campaña, pero no cabrían todos. Ahora, añadió, si entre ustedes hay alguno que no tenga perfecta salud, esos pueden pernoctar bajo las tiendas.

Todos contestaron que á Dios gracias se hallaban sanos. Algunos artesanos añadieron que esas noches pasadas de cualquier modo les seducían, hacíanles rememorar ciertos viajeros que, no pocas veces, envueltos en sus frazadas, durmieron tendidos en tierra teniendo por techumbre el estrellado cielo.

Por ser ya de noche dejóse el cargamento tal cual estaba. Ya preparada la cena para tanto hombre, los maridos de las jóvenes artesanas fuéronse al rancho de Ester á traerla en distintas cazuelas, como así mismo, un gran saco con harto pan; después se volvería á llevar el socorrido, aromático café y las correspondientes tazas. Todos los útiles de cocina se habían traído de Miraflores desde la vez primera que llegaron artesanos al Palenque. No faltaban, pues, platos, tazas y demás utensilios de primera necesidad. Los muchachos conductores de vianda, soltaron los trastos en el suelo, aún de tierra, del salón, y corrieron en busca de platos, tazas, cuchillos y cucharas, regresando á poco con un canasto lleno de todo eso, y de paso trajeron el café.

Todos, incluso Sorel, Carmona y el Mister, después de cada uno llenar su plato de arroz, carne y sendas tajadas de queso, acompañadas de un panecillo, cogieron cuchara y cuchillo, olvidáronse los tenedores, pero el Espíritu del Río, que por muchos años comió con los dedos, no extrañaba

esa falta. Ya sobre un tablón, ya sobre un montón de virtas ó bien en el santo suelo, sentáronse á cenar con buen apetito, dando fin, en poco tiempo, á la vianda; luego el buen café puso punto final. Algunos quisieron tomar agua y lavarse las manos. Don Alberto les condujo á la próxima fuente donde, en tiempos, el Jefe Cisne, llevado por Ester, se miró para comparar su cara con el retrato que ella había hecho. Después de satisfechos, volviéronse al salón, arrebujáronse en sus mantas y acostáronse sobre pedazos de tablas: á poco, todos dormían á pierna suelta. Sorel y sus compañeros apagaron las luces de gas, llevándose tres lámparas para las tres tiendas de campaña que eran sus respectivos alojamientos. Al amanecer todo el mundo estaba en pie. Entonces comenzó la descarga. Todo embalaje venía numerado. Así, para evitar confusiones, los bultos número uno, sin duda pertenecientes al mismo edificio, se hacinaron juntos. Los que traían número dos, apartáronse en rimeros á otro lado, y así sucesivamente todo el cargamento fue separado en diez montones, lo cual probó que allí no había más que una decena de casas. ¡ Muchos viajes costaría la conducción de las doscientas!

Don Alberto consiguió de los carreteros que cada tercer día volviesen con otro cargamento igual. Convenidos, dióseles buen desayuno y con sus bestias y carros despidiéronse hasta pasado mañana.

Abiertos los bultos número uno, vióse que todas las piezas venían pintadas color rosa. Las casas lucirían muy bien entre los árboles de los solares. Un gran paquete contenía tornillos, picaportes, llaves, goznes, etcétera, etcétera. ¡ Cosa importante! Allí venía un croquis con la casa ya construida. En todas las piezas que tenían conexión había, paralelos, á uno y otro lado de la pintura, un número igual, y como el dibujo estaba todo él en esta guisa, no era posible equivocarse en la construcción. Sólo el Mister, conocía esa clase de arquitectura, cosa que fue muy útil á los carpinteros, pues él, con mucho gusto, encargóse de guiarlos en la erección de la primera manzana. Después ya los artesanos no necesitarían maestro.

Al lado Oeste, calle por medio divisoria de la plaza, alzóse la primera casa esquinera, otra al centro y otra en la opuesta esquina constituyeron el primer lado de la manzana; otros dos edificios, colocados á iguales distancias bajando en línea recta de la esquina, formaron el primer ángulo, cerrando el cuadro otras dos casas frente á frente de las primeras erigidas, y otras dos fronterizas á las segundas. Estos

edificios guardaban entre sí como veinte varas de distancia, terreno dependiente de las habitaciones, destinado para jardines. Este modo de implantación, aislaba los edificios entre sí. Holgaban en el pueblo, los bomberos y seguros contra incendios. Si acaso un día se desarrollaba algún fuego, el siniestro no invadiría sino la misma mansión donde nació, porque los amplios terrenos adyacentes eran completa salvaguardia para sus vecinas. En el centro del cuadro formado por las ocho habitaciones resultaba un espacio de tierra libre, que dividido con cercas daría un solar á cada uno de los vecinos.

Apenas se terminó la manzana, los albañiles provistos de los materiales necesarios, comenzaron á construir las pilas para lavar situándolas junto á las casas en el patio ó solar correspondiente á cada una. Aquí intervino el Míster, dando su valiosa opinión sobre la conducción del agua. Entendía bastante el ramo de ingeniería: propuso á don Alberto si quería encargarle del asunto hidráulico, propuesta que Sorel aceptó con júbilo.

El yankee pidió seis albañiles, ofreciendo que antes de dos semanas el agua tendría su depósito á orillas del pueblo. Principióse por calcular la distancia á que alcanzarían las construcciones, no fuera el estanque á invadir el terreno dispuesto para ellas. Ya todo bien pesado y medido el pro y el contra, Míster Ruy, seguido por los albañiles, fuese á examinar la corriente. Ésta no era más que un riachuelo que, descendiendo en forma de cascada de una loma vecina, corría después mansamente por el llano, á poca distancia del Palenque. En seguida los trabajadores, guiados por su director, comenzaron á excavar una angosta atarjea parando el trabajo al llegar al sitio donde se fundaría el estanque. Aproximándose la noche, todos retornaron para el salón grande, donde aún tenían su sitio de reunión.

Las manzanas de casas fueron surgiendo siempre en dirección Oeste: todas eras iguales á la primera ya descrita. La casa tenía zaguán al medio, tres piezas á cada lado, atrás, cuartito pequeño para cocina; las demás, cortadas por el mismo patrón. Sorel llevaba segundo fin al levantar los edificios en aquella dirección. Era que terminadas las seis manzanas que debían continuar en línea recta hacia el Oeste, quedaba la última, frente por frente de ía ranchería salvaje, aunque á unos treinta metros de distancia. Ahí quería instalar su **ganado manso**, bien cerca del **bravo**, para que aquél fuese domesticando á éste: la próxima vecindad facilitaba la enseñanza por medio de las diarias visitas.

Los carreteros, cumpliendo su palabra, llegaban cada tercer día con sus cargamentos piramidales, pero antes de terminar la conducción de la primera remesa, se avisó del puerto la llegada de otras dos más, es decir, de cuatrocientos edificios. Tuvo, pues, don Alberto que emprender viaje á la capital para cancelar la gran deuda. Esta vez, como la otra, Carmona quedó encargado de representarlo. Fue á despedirse de Ester, dándole aviso que el Mister quedaba en el pueblo porque estaba terminando las obras hidráulicas para poder surtir de agua el vecindario. Después de todo, terminó, Mister Ruy es un caballero: si viniere á visitar, no tema Ud. por eso. Estoy seguro de que, si realmente pretende á Mariquita, será con buenos fines. Despidióse y emprendió viaje solo, llegando pronto á la hacienda. Allí dió cuenta de los adelantos del pueblo, lo mismo que de la necesidad de ir al puerto: era temprano, retornaría antes de la noche. Alberto, puramente por acompañarle, partió con él.

Al caer la tarde los dos estaban de vuelta. Don Alberto dijo á Armida avisase á la ranchería que en la próxima semana serían trasladadas al nuevo pueblo las familias que gustosas quisieran ir. Ya al día siguiente, uno de los carretones traería el sencillo mueblaje para varias habitaciones: aprovechó su viaje para hacer esas compras. Cuanto á las artesanas, se cuidaría de instalarlas allá lo más pronto. Entre tanto, los esposos continuarían sus visitas dominicales. La noche la pasó en la hacienda. Don Gabriel y Alberto quisieron acompañarle al Palenque porque no fuese solo, y al mismo tiempo dar un vistazo á todo aquello. A las seis en punto cabalgaron los tres en briosos corceles. Como quiera que los animales no hacían más que comer y bagabundear por los prados, y además el fresco de la mañana era halagador, no cesaron de galopar todo el camino, y eso por su cuenta y riesgo, pues ninguno de los viajeros les tocó con látigo ni espuela. Antes de las ocho avistaron el caserío rosa. Poco después de ellos entraron los carretones con sus cargamentos. El que contenía menaje para las casas rodó hasta la última manzana descargando en las ocho casas parte del contenido que conducía, en otras dos manzanas se acomodó el resto.

Don Alberto suplicó á las señoras, Ester, Mariquita y las cuatro artesanas, que durante tres días, dieran una vuelta á esas habitaciones tratando de ponerlas en orden. Ellas convinieron gustosas. Al cuarto día ya podían irse allí algunas familias. Esas serían las indias de Miraflores; sólo faltaba el agua para traerlas. El buen médico Amador, había-



se ofrecido á desempeñar cualquier comisión que Sorel le encargase. Así, á la vuelta de los carretones para la ciudad, entregó á un conductor una carta para el doctor. En ella le decía que al retorno de los cargamentos, le enviase la tubería necesaria para surtir de agua mil casas; eso pesaría mucho, pero aunque el carro no trajese otra carga, era muy importante que los tubos llegasen pronto. en cuanto al pago, dentro de la carta iba su firma en blanco para que el amigo escribese allí la cantidad necesaria, y presentando al Banco el pago al portador, se le entregase. Es claro que el tercer día, sin más dilación, llegaron los tubos con pocos fardos encima, y los otros vehículos con la acostumbrada balumba de bultos.

El estanque y atarjea estaban terminados: bien construidos con piedra y argamasa hidráulica, todo en pocas horas quedó muy seco. El estanque tenía junto á la base una bomba para salir el agua el día que se tratase de su limpieza. Por arriba tapado con tablazón y puerta giratoria.

El Mister se había portado perfectamente.

Apenas terminadas esas obras, todos los albañiles bajaron, á porfía, en las pilas caseras. Ya había muchas. A pocos días todas las seis manzanas estaban provistas de lavaderos. Poco después se colocaron los tubos, y como quiera que todo el trabajo, por tener varias manos de cal hidráulica, estaba completamente seco, ya podía funcionar el agua.

Don Gabriel y Alberto regresaron á la hacienda el mismo día que, acompañando á Sorel, salieron de ella. Llegaron contando maravillas de la rapidez con que avanzaban las construcciones. Las damas se propusieron dar una vuelta por allá, pero cuando estuvieran instaladas las artesanas; ahora nó, porque servirían de estorbo á Ester, que tanta ocupación tenía. Los viajeros dieron noticia de que dentro de una semana á más tardar, don Alberto esperaba á las familias rancheras.

El próximo sábado en la noche, llegaron los artesanos á visitar las esposas. Dijeron que las indias debían irse al día siguiente. Ya tenían casas listas, con camas, cocina aparejada con trastos, mesa, en fin, que no faltaba nada: que don Alberto ya no podía venir todos los domingos, porque en esos días también sobraban cosas que hacer: lo cual no era contravenir el Precepto, porque los días festivos deben emplearse en hacer buenas obras. Si ellos venían á la hacienda era puramente por ver á sus mujeres: bien nos

lo podéis agradecer, terminaron, porque todos nosotros deseamos trabajar mucho para terminar pronto la erección del pueblo. Y en efecto, las jóvenes se lo agradecían tratándolos á cuerpo de Rey.

Dos días después la Ranchería de Miraflores quedó completamente desmantelada. Todos aquellos indios, desde su tiempo de taparrabos, eran vecinos y amigos: después de bautizados fueron compadres y padrinos de bodas... ¿Cómo la comadre Potenciana, iba á separarse del compadre Lino? ¿ni el compadre Rosa, de la comadre Arcadia? ¡Eso no podía ser!, mejor marcharse juntos. Las carretas á la disposición de este ganado trashumante, estaban á la puerta. Comenzó el trasiego de trastos: guacales, piedras de moler, cazuelas, comales, pichelos, platos y tazas, esta cerámica, exhibiendo dibujos de colores chillones, molejones, tinajas y machetes de cortar leña. Respecto á tinamastes, vacilaron un poco... estaban muy tiznados... luego allá había piedras para formar el fogón... pues ¡nada! no llevarlos. Las ropas de uso, mantas y petates, eso sí, tendrían el gusto de viajar en compañía de los demás enseres. Las gallinas, ocuparon el puesto de honor en la caravana: una carreta para ellas solitas. Todo listo, la recua emprendió viaje camino del Palenque.

Don Alberto recibió estos viajeros lleno de complacencia solicitud. Los pobres indios ignoraban el gran alcance de la obra que se les había encomendado, instándoles á intimar con los desnudos, y poco á poco inclinarles á aceptar la civilización. De ese comportamiento dependía nada menos que convertir en los hombres instruidos del mañana, aquella cáfila de muchachos que hoy se revolcaban por el fango...

Los indios se instalaron en la última, penúltima y antepenúltima manzana. Las familias eran veinte, las casas veinticuatro: el sobrante, probablemente, sería ocupado por los primeros salvajes que entraran en razón.

Los nuevos habitantes hallaron en sus casas camas, no camastros de varas como los que en la ranchería usaron; tenían colchones y correspondientes almohadas, mesa para comer y sillas. En la cocina, trastos mejores que los que trajeron, sin faltar los consabidos tinamastes para el fogón. Sobre la tabla denominada molendero había muchos pequeños sacos conteniendo provisiones capaces para un mes. Allí venían la sal, arroz, frijoles, maíz, manteca, café, azúcar, carne seca. Además, en un ángulo de la pieza apoyábase un costal lleno de papas y en otro, un montón de racimos de plátanos verdes. Todo el fornecimiento lo mandó Armida,